

Sobre la lengua vasca

[Incluido en O. Com.  
pletar tomo VI]

1

("La Nación", Buenos Aires (A. A.), 26 octubre 1907)

~~2-198~~

2-126

MAS SOBRE LA LENGUA VASCA.

Bilbao, setiembre 1907



Estando aquí, en el país vasco, ¿de qué mejor podía hablaros sino de lo que a él se refiere?

Este mi pueblo, ya lo sabéis, ha solicitado siempre la atención de los estudiosos de etnología y lingüística. Sus instituciones políticas de una parte, pero de otra y sobre todo su antiquísima lengua han sido objeto de numerosas inquisiciones. La mayor parte, hay que confesarlo, fantásticas y sin base científica. Con razón dijo Ampère que el vascuence ha compartido con el celta el privilegio de hacer decir a su respecto toda clase de extravagancias. Y esto sigue; sobre todo aquí, en el país.

Hay en el respecto de la lengua vasca o eusquera dos aspectos, el uno práctico y el otro teórico o especulativo. En el aspecto práctico cada día que pasa me confirmo más en lo que expuse, en medio de protestas de desaconsejados y prevenidos, hace ya cinco años en este mismo Bilbao, y es que el vascuence desaparece rápidamente y además que a nosotros los vascos nos conviene que desaparezca. Para la moderna lucha por la cultura necesitamos una lengua de cultura, y el eusquera no lo es. Es un instrumento complicado y embarazoso; su caudal léxico en uso corriente es, como no puede menos de ser, muy limitado. Cierta es que en un idioma rico en sufijos y formas de designación, como es el vascuence, puede creerse que es fácil formar un léxico adaptado a las necesidades de la cultura moderna, pero ello no pasaría de ser labor de gabinete, en que no se lograría sino una especie de esperanto o volapük a base de eusquera. Es mucho más fácil tomar una lengua de cultura ya hecha que

## MAS SOBRE LA LENGUA VASCA.

hacer una con propios materiales, sobre todo para el pueblo. Es cuestión de economía, de esfuerzo y de tiempo.

En el aspecto teórico o especulativo el estudio del eusquera es uno de los estudios

más interesantes y conviene, sin duda, recogerlo antes de que desaparezca del todo, y si ha de morir como es claro, embalsamar su ciencia, su cadáver. Desgraciadamente para cada trabajo serio y realmente científico que sobre el vascuence se publica, pululan las fantasías arbitrarias y disparatadas. Sobre todo cuando son hijos del país los que las hacen.

Es muy difícil que un vasco haga un trabajo fundamentalmente científico sobre el vascuence. Al interés y hasta pasión suprema por la verdad sobrepónese en él el sentimiento patriótico y toda una serie de prejuicios y preconceptos que referentes al eusquera vienen rodando desde los primeros vascos que se dedicaron a su estudio. Los trabajos de Larramendi, Astarloa, Erro, Moguel, etc., etc., tienen valor en cuanto aportan datos, mas así que se meten en lo que se llamaba en un tiempo filosofía del lenguaje, no puede hacérseles caso. Y aquí hay muchos que siguen esa turbia tradición. Lo cual equivale a investigar un punto de química siguiendo la tradición de los alquimistas y sin enterarse de cuanto en esa ciencia se ha hecho desde Lavoisier acá.

Quien teniendo conocimientos lingüísticos y habiéndose sometido con regularidad y método al estudio de la fonética estrictamente científica, quiera pasar un rato divertido, no tiene sino echar la vista por las obras que sobre el vascuence escriben los vascos—con muy raras excepciones—cuando en ellas se salen de recopilar y ordenar datos.

El pecado original de estos trabajos suele ser que van a tiro hecho, que son trabajos «ad probandum», enderezados a demostrar una tesis previa y conducidos no con método científico, sino con método abogadesco ó jesuitico. Porque los vascos solemos mostrar aptitudes bastante notables para la sofistería abogadesca, unidas a una rara terquedad.

Los más de mis paisanos que se dedican a la apología del eusquera ven excelencias y preeminencias de este idioma precisamente en donde una persona que conozca el proceso que han seguido las lenguas de cultura vería su deficiencia. Admiran la complejidad del verbo vascongado; y, sin embargo, el inglés, cuyo verbo es acaso el más sencillo, dice en su lengua todo lo que el vascongado en la suya y lo dice con tanta fuerza y expresividad. En castellano v. gr. mediante pronombres—«me, te, se, le, lo, la, nos», etc.—que pueden combinarse entre sí—como en «me lo dijo, me los dió», etc.—se expresa lo que el vascuence requiere una forma para cada combinación. Así en castellano se dice «te he



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.USALE.S

visto» y «te lo he visto» y en vascuence «ikusi zaitut» ó «ikusi dentsut» embobamiento en la flexión verbal el régimen directo y el indirecto. Y es natural que el progreso consista en tener unos pocos elementos con cuyas combinaciones, que pueden ser binarias, ternarias, etc., se obtengan todas las formas de expresión.

Todo esto es sencillo y llano, pero en este mi país no cabe que un hijo de él, como yo, lo diga sin que al punto se le vengan encima tratándole de mal vasco, de hijo espúrio, de descastado y no sé de cuántas cosas más que á mí me han dicho. Los pueblos quieren que los adulen y aborrecen la verdad cuando ésta no fomenta sus vanidades. Y una de las vanidades más infantiles y más baratas es la de poseer un idioma extraño y en ciertos respectos misterioso. «Nuestra lengua—me decía un día un paisano mío—es la desesperación de los sabios» y le contesté: no tanto; son muchísimas más las lenguas irreductibles hasta hoy á grupos más amplios, pero en todo caso no sé que deba envanecer á nadie el tener algo que por su rareza solicita la atención de los estudiosos, pues así podría un enfermo estar orgulloso de poseer un tumor sobre cuya naturaleza no acabaran de ponerse de acuerdo los patólogos. El anfibio es un pez muy estudiado, por decirse que es una especie de tránsito entre los vertebrados y los invertebrados; si el pececillo lo suplira ¡qué orondo ó hinchado se podría!

Por otra parte, los estudios lingüísticos, etnográficos ó históricos, están envenenados aquí por la intención apologética y abogadesca que más ó menos encubiertamente los guía. Y esto suele agravarse á las veces cuando el hijo del país que los cultiva posee conocimientos científicos sólidos, si es que no pone ante todo, contra todo y sobre todo, el amor á la verdad y á la verdad entera sin restricciones ni reticencias. La manera más terrible de faltar á la verdad es no dando sino verdades parciales. Desde el momento en que un investigador diga de algo que no debe decirse ó profese el principio de que hay cosas que se deben callar, sus investigaciones están envenenadas todas. No es un hombre de ciencia, no es más que un abogado. Y en ciencia lo peor que se puede ser es abogado.

En la mayor parte de mis paisanos, sin embargo, esa indignación con que acogen la verdad serena y tranquila es muy natural y muy sincera.

Los vascos tenemos una grandísima propensión al ortodoxismo, sea de una, sea de otra doctrina; el sentido dogmático es en nosotros mucho más fuerte que el sentido crítico. Esto tiene indudablemente sus ventajas porque vale más que un pueblo peque por fe que no por duda, pero esto tiene gravísimos inconvenientes.

Aquí, en mi país, país tradicionalista, puede muy bien decirse lo que en Inglaterra, país tradicionalista también, decía Bagehot, y es que para condenar un inglés una doctrina la frase más contundente es esta: ¡en mi vida he oído semejante cosa! Así pasa aquí; lo que se ha oído poco ó no se ha oído nunca se estima absurdo. Y en punto á la lengua, á la historia y á las instituciones políticas desde que abrimos los





oidos á la comprensión de la palabra humana estamos oyendo las mismas cosas, insistentemente repetidas. Para muchos pasamos más negar que el vascuence sea una lengua riquísima, armoniosísima, filosófica—¿qué será esto de ser filosófica una lengua?—y madre de qué sé yo cuantos idiomas, es negar que la tierra gira en torno del sol y no éste en torno de aquella. Ni de una ni de otra cosa conocen prueba alguna, ambas afirmaciones las han recibido de autoridad y á todo raciocinio oponen la autoridad. «Va este señor á saber más que Fulano y Mengano y Perengano»... y aquí sueitan una retahíla de nombres. Es el argumento genuinamente católico; es la lógica jesuítica, que cuenta y no pesa las autoridades.

Quando hay que ver operar al abogado lingüístico del vascuence es quando lo compara con otro idioma cualquiera. De ordinario no conoce el idioma con que lo compara. Hay aquí un cura vascofilo, eusquerólogo ó como se quiera llamarle, que dió en un tiempo en querer llamarle, que el léxico latino del vascongado y era sorprendente la ignorancia de la filosofía latina de que daba muestra. ¡Claro está! como que apenas conocía sino el miserable latín que se enseña en los seminarios. Se encontraba con un vocablo vascongado que tenga analogía con otro latino, v. gr. «akullu», la pértiga ó aguijón para los bueyes y la voz latina «aculeus» de que aquella otra deriva, pues había que sacar el latín del vascuence. Y demostraba una profundísima ignorancia del latín al desconocer la raíz latina—de que tenemos derivados como «agujo» etc.—de que «aculeus» proviene y el sufijo que en ella entra. Y así en todo. Es un principio de lógica la más elemental el de que debe buscarse el origen de un término geográfico, pongo por caso, en alguna de las lenguas que por tradición histórica se sepa haberse hablado en aquel país y cuando así no se logre resultado conviene dejar abierta la cuestión. Si queremos saber el origen de las voces Galia, Galicia, Galateo, etc., es natural que se acuda ante todo á la lengua céltica; derivarlos del vascuence no pasa de ser una ingeniosidad sin saber alguno científico. Tanto valdría querer sacar del vascuence los nombres de Calcuta, Benarés ó Golconda y hasta aquí son algunos capaces de llegar. Y menos mal que no se les ocurre derivar del vascuence el quechua, el guaraní ó el azteca.

Con todo lo cual no haríamos sino ponernos en ridículo si los hombres de formación estrictamente científica se dignaran parar mientes en esas fantasmagorías.

Y si de los hijos del país, de los vascos que sobre el vascuence discuten con pretensiones de filosofía lingüística, pasamos á los de fuera ¡qué otras cosas no encontramos! Los de aquí suelen resentirse de ineducación científica y los de afuera de muy imperfecta información de hechos. Los unos no saben lingüística y los otros no saben vascuence. Y cuando lo saben y saben lo que se traen entre manos suelen ser recibidos aquí sus trabajos con cierto recelo. Hay, en el fondo, una profunda desconfianza de la ciencia. Los espíritus

16



dogmáticos, y los nuestros, los de los vascos, lo son, tomen la ciencia, que es crítica. Publica ahora D. Julio de Urquijo, un bilbatino residente en San Juan de Luz, una *Revista Internacional de los Estudios Vascos* que es una de las pocas cosas serias y con propósito realmente científico que aquí han hecho, y he oído á alguien

—bizkaitarra, por supuesto—hablar de ella con cierta hostilidad. «Se ha metido ahí un alemán...» que decía, refiriéndose á Hugo Schuchardt, que es, sin duda, un hombre de sólida formación como filólogo.

Ya os lo he dicho en otra correspondencia desde este mi admirable país natal; aquí hace falta un trabajo de intensa cultura crítica, una labor que temple y neutralice en cierta medida la disposición dogmática de este pueblo tradicionalista. A un pueblo de espíritu enérgico y lleno de fe, como es este mío, el mayor beneficio que le trae el quebrantarle la confianza en sus tradiciones es obligarle á crearse otras, más en consonancia con las necesidades de la época.

A medida que este pueblo vasco va perdiendo su lengua milenaria va buscando el modo de verter en el castellano—ó en el francés del lado de allá del Pirineo—la peculiaridad de su espíritu y día llegará en que se reconozca en los escritores vascos en lengua castellana una cierta comunidad de estilo y tono. A este respecto pocas cosas más instructivas que el estudio del estilo que en lengua castellana, que era la lengua en que pensaba y que aprendió en la cuna, distinguía á Sabino Arana, el fundador del nacionalismo vasco. Alguna vez he dicho aquí que el poeta nacional de Escocia, el que simboliza mejor su alma, es Burns, que escribió sus cantos no en la vieja y agonizante lengua céltica de los «highlanders» sino en un dialecto escocés de la lengua inglesa, en un modo especial de hablar el idioma de Makesense.

Y de la misma manera que con la lengua sucederá con la religión. El día en que á este pueblo profundamente religioso, como todos los pueblos que toman en serio la vida, se le quebrante su fe en la iglesia católica modelará su cristianismo radical con vigorosa espontaneidad propia.

Los pueblos más tradicionalistas son los más capaces de seguro y duradero progreso, pues son los más capaces de hacer del progreso tradición. He aquí por qué he puesto siempre tantas esperanzas para el porvenir de España en la virtud y la energía de este mi pueblo vasco, al que debo, por mi parte, todo lo que soy.

MIGUEL DE UNAMUNO.

